

OBITUARIO

MARÍA DEL CARMEN VELÁZQUEZ (3 FEBRERO 1912-24 ENERO 2004)

El Colegio cuenta con más de sesenta años de vida, pero la institución que conocemos ahora es producto del dinamismo y la creatividad de hace cuarenta, es decir, de los años sesenta del siglo XX. Su crecimiento y la etapa actual de su vida coincidió con el estreno de su edificio de la calle de Guanajuato en 1961 y el nuevo estatus jurídico que se le dio al año siguiente. El perfil del Colegio se transfiguró completamente. Esto no significa que hubiera habido una ruptura con el pasado; por el contrario, viejos valores se mantuvieron o revivieron. Elementos antiguos y nuevos se daban cita en la institución, y así ocurrió cuando el Centro de Estudios Históricos (CEH) reabrió en 1962 el programa docente que había cerrado en 1949.

Para cumplir con esta meta, Daniel Cosío Villegas y Silvio Zavala —constructores del nuevo Colegio y del nuevo CEH— armaron una planta de profesores muy selecta. Algunos, como era de esperarse, salieron de entre los historiadores pioneros egresados de aquella primera etapa. Dos o tres permanecieron ligados al Colegio durante los años cincuenta y allí siguieron; otros habían ido a trabajar fuera y se les llamó de vuelta. En este último grupo estaba María del Carmen Velázquez. En esos años

intermedios había trabajado como docente en la Universidad de México y otras instituciones y se dedicaba a explorar diversos temas de la historia latinoamericana. De ella podía decirse que era la primera mujer mexicana que había hecho carrera verdaderamente profesional como historiadora, desempeñándose y publicando siempre en medios académicos. Había mostrado sus virtudes como investigadora desde sus primeros excelentes estudios —uno sobre Lucas Alamán y otro, *El estado de guerra* (publicado por El Colegio en 1950), sobre la instauración del ejército en la Nueva España. De manera que, si bien compartía la experiencia formativa de sus antiguos compañeros, poseía rasgos que la ponían aparte: por un lado, no había participado en los seminarios colectivos que fueron el alma del CEH en los años cincuenta; por otro, era un poco mayor en edad y tenía más horas de vuelo como profesora que sus antiguos compañeros. Así, en 1962, el CEH empezaba una nueva etapa de su vida a caballo entre la tradición y la innovación. Otras capacidades igualmente nuevas y diversas le llegaron con la contratación temporal de más profesores —algunos de ellos extranjeros muy renombrados— para diferentes cursos.

MCV —era frecuente que firmara sólo con sus iniciales— se topó en el CEH con estudiantes que, al igual que ella misma trece y más años antes, perseguían la maestría en historia. Se llamaba así, pero en lo formal era una licenciatura y en exigencias y aspiraciones casi un doctorado. Fueron tres generaciones sucesivas, pues el programa volvió a cerrarse en 1970, cuando el CEH decidió quedarse únicamente con el programa formal de doctorado que había fundado, con sólo cuatro alumnos, en 1967. Pero esto es una especie de añadido. Los años sesenta giraron alrededor de esas tres generaciones de maestría. O por lo menos desde tal perspectiva lo veíamos los estudiantes de entonces, seguros de nuestra importancia y ufanos de vivir en el tiempo y el lugar correctos. ¿O girábamos nosotros alrededor del CEH? Tal vez am-

bas cosas eran ciertas, porque la interrelación era intensa. El nuevo Colegio era así. Inauguraba sus días como escuela libre universitaria y a la vez mantenía el espíritu de la investigación y el ambiente de la entrega total al trabajo.

No se hablaba mucho de ello, pero había cierta tensión entre viejas inercias y nuevos ímpetus, entre las nostalgias de la antigua casa y las aspiraciones de la moderna, entre los hábitos gregarios de los seminarios fenecidos y los desplantes individualistas de los proyectos nacientes. Personas con estilos muy diferentes giraban en órbitas muy cercanas unas de otras, y, si bien todas amaban su trabajo, lo entendían de diferente modo. Para colmo, no ha de haber sido fácil lidiar con tres generaciones de estudiantes sesenteros, esencialmente liosos, por muy sometidos que estuvieran a los rigores del Colegio y aunque nunca fueran más de diez juntos. Cuando MCV fue nombrada directora, en enero de 1966, recibió a un CEH al que lo todavía diminuto no le quitaba lo susceptible ni lo quisquilloso. Además, era una institución que, tradiciones aparte, apenas estaba saliendo de su infancia. No habían pasado cinco años desde su transfiguración. Todavía tenía mucho de ensayo y albergaba cierta incertidumbre; estaba casi todo por afianzar y faltaba tomar buen número de decisiones importantes. El reto podía haber asustado a otros, pero MCV lo afrontó con ejemplar señorío.

Los que fuimos estudiantes en esos años estábamos conscientes de que el CEH nos daba una formación intelectual. Cada uno, con sus más o menos luces, hizo lo que pudo por estar a la altura del o de los profesores que eligió como mentores y seguir sus ejemplos y enseñanzas. Los profesores, por su parte, pusieron cuanto estuvo a su alcance para el logro de esa meta, y, acaso, algunos hasta disfrutaron la tarea de dar forma a tantas vocaciones juveniles a veces descaminadas y casi siempre testarudas. MCV contribuyó desde luego a esta formación, aunque sus discípulos directos fuimos pocos. Lo que no vimos entonces, y tal vez na-

die vio tampoco, fue que MCV no sólo estaba poniendo su parte en la formación que el CEH nos daba, sino que estaba desempeñando el papel estelar en la formación del propio CEH.

Entre 1967 y 1970 se dieron los pasos más significativos de lo que podríamos llamar el *coming of age* del CEH. Fueron acciones que facilitaron y promovieron la convivencia académica sin entorpecer el trabajo individual, y obras que dieron expresión a la formalidad y el rigor sin comprometer la libertad ni la espontaneidad. Consideremos en primer lugar los nuevos seminarios. En el CEH de 1966 un abanico de investigaciones individuales había sustituido a los seminarios colectivos de los años cincuenta, pero se echaba de ver que hacía falta cuidar de su desarrollo y publicación. Esto se logró a partir de 1967 con reuniones periódicas de análisis y crítica de los trabajos en las que participaban todos los profesores (los "seminarios del programa de investigación", que ya no se celebran). Pronto los pasillos del CEH se cubrieron del sonido de máquinas de escribir que picaban estenciles, y al poco tiempo circulaban borradores mimeografiados con las primicias de novedosos estudios. En los comentarios y críticas de los seminarios cobraba forma una nueva versión del espíritu de cuerpo que daba vida a la institución. El mismo principio se nos aplicó a los estudiantes. Los de la segunda generación fuimos los primeros en elaborar una tesis y recibir el grado por el propio Colegio, pero previamente a ello estrenamos los "seminarios de tesis", que constituían (entonces como hoy) una ronda de reuniones de examen y crítica cuyo propósito era fomentar la participación de todos en el trabajo de todos. Junto a esto se nos dio oportunidad de colaborar formalmente en la edición de *Historia Mexicana*. Por otro lado, el CEH procuró toda clase de facilidades para que los egresados de su maestría continuáramos estudios formales en otras partes del mundo. Secuela de toda esta experiencia compartida fue una continua producción de obras listas para la imprenta, tanto de profesores como

de estudiantes. Así, en 1968, surgió airosa la "Nueva Serie", primera colección de títulos con la que el CEH comenzó su producción continua de libros de investigación rigurosa y original. Un año antes se había inaugurado el programa de doctorado, que seguía casi en todo los lincamientos de la maestría. Todo esto ocurrió en el CEH que conducía MCV al tiempo que nosotros realizábamos y terminábamos nuestros estudios. No nos dimos cuenta entonces de la trascendencia de lo que presenciábamos. Nos parecía que era lo natural, y que no cabía esperar otra cosa de una institución tan briosa e intachable como nuestro CEH, donde había mentes tan brillantes. Aun así, MCV no se libraba de las críticas que surgían, de cuando en cuando, de nuestra impaciencia y nuestra ignorancia.

Tampoco nos dimos cuenta entonces de lo difícil que fue lograr todo esto. A lo largo de su periodo como directora, que terminó en 1970, MCV evitó que el impetuoso pero irreflexivo CEH se refugiara en la tentación de vivir de su prestigio pasado. Le ayudó a forjarse uno nuevo, en un ambiente cada día más competido y cosmopolita, apoyado en un sistema que le permitiera funcionar con eficiencia y producir frutos con regularidad. Supo enfrentar las distintas percepciones de lo que sería correcto hacer, conciliarlas en lo posible, valorar los resultados de lo que se había experimentado en años anteriores, y tomar diversas decisiones que, según el caso, gustaron más o gustaron menos. Lo que no se cuestionó fue el carácter rigurosamente académico de las soluciones que ella ofreció. Muy conforme a su estilo personal, interesada mucho en su trabajo y poco en su persona, afable pero enérgica, hizo prevalecer un ambiente de sobriedad que propició el buen desempeño académico de la institución y la orientó adecuadamente en su crecimiento.

MCV continuó en el CEH hasta 1977, año en que la ley le exigió jubilarse por haber cumplido los 65 años, si bien mantuvo lazos todavía por once años más. Esta situación la alejó de las

aulas y de los quehaceres cotidianos de la institución, pero no borró su interés por la vida académica ni su capacidad productiva, de manera que continuó publicando y participando en diversas actividades. En su acogedora casa de la calle de Coahuila, donde cada detalle revelaba la pulcritud y finura de su persona, recibía la visita ocasional de sus colegas y estudiantes con gran alegría, una botella de jerez e inagotables dulces. La conversación siempre derivaba, por largas horas, hacia algún tema histórico y libros recientes, o hacia el desempeño de las instituciones. Más que nada, se interesaba por la carrera de los que habíamos sido, y nunca dejamos de ser, sus estudiantes. Siempre nos daba ánimo en nuestros tropiezos y se alegraba de nuestros éxitos.

María del Carmen Velázquez merece ser recordada de muchas maneras. Como la persona siempre inteligente, optimista, honesta y lúcida que fue. Como la historiadora que cultivó terrenos de gran complejidad y sofisticación –vienen a la mente sus trabajos de investigación sobre el norte mexicano, especialmente en el siglo XVIII, además de los antes mencionados y otros más, hasta concluir con su última obra, un extenso y erudito prólogo a una nueva edición del *Theatro americano* de José Antonio de Villaseñor y Sánchez que salió a la luz en 1992. Pero, en este momento, debemos recordarla como la persona que guió al CEH en uno de los momentos más cruciales de su vida y que lo puso en el derrotero que ha seguido desde entonces. El mejor homenaje que se le puede hacer es el de guardar fidelidad a los principios que guiaron la ejemplar carrera académica a la que entregó, con elegancia y generosidad, la mayor parte de su vida.

Bernardo García Martínez

El Colegio de México